



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

## ¡ABAJO LA COITADEZ!

¡EL COITAO! ¡EL COITAO! La *coitadez*, no tan *coitada* como parece, y que se disfraza de mil formas, es ahí precisamente el enemigo. Hay que acabar con ella.

Una vez dije ahí á los míos, á los del *bocho*, refiriéndome á la expresión de Menéndez y Pelayo sobre la «honrada poesía vascongada» que era menester deshonorarla. Y así es. Entendámonos ahora.

Esa honradez—mejor sería llamarla *me-melez*—de la antigua poesía, ó lo que fuere: vascongada nació de eso, de lo de ser *coitao*; de ese fondo de vergonzosidad, que aunque tiene muy nobles raíces tiende sobre nuestro pueblo una funesta copa. Hay que desmocharla, pues, y hasta descuararla, pero sin desarraigarla.

Decía Adolfo, refiriéndose á cierta familia bilbaína que ha cultivado la *coitadez* artística y literaria, que sus maestros eran en dibujo Calam, en música Gounod y en literatura Selgas. Yo no sé si esto es estrictamente así, pero si sé que ahí en esa bendita tierra de mis ensueños y mis esperanzas, se ha cultivado el temor á todo lo fuerte é intenso, á todo lo hondo y recio.

En derredor de la estatua de Antón el de los Cantares, aquél espíritu sencillo y bueno que tanto daño nos hizo con sus aldeanitos de nacimiento de cartón y sus *chocholadas*, en derredor de esa estatua que se alza—y está muy bien—donde fué la campa de Albia, cazadero de *cochorros* en mis años infantiles, allí tenemos que gritar: ¡abajo la *coitadez*!

El pueblo vasco para ser en el orden de la cultura del espíritu lo que en otros órdenes ha sido, no tiene sino romper ese freno, y es Bilbao el que debe romperselo.

Vizcaíno es el hierro que os encargo,  
corto en palabras, pero en obras largo

dijo Tirso, y lo hemos repetido mil veces.

Pero también debemos ser largos y anchos y profundos en palabras, en palabras, de hierro y que sean obras.

Hemos sido un pueblo mudo ó casi mudo; nuestros Aquiles no han tenido Homeros. Y por eso se nos desconoce. Y tenemos que apoderarnos del lenguaje, adueñándonos del castellano y frente á todos esos *marichus* que se enmejuran con él los oídos revestir nosotros con él nuestro pensamiento. Y como los tiempos son de lucha y nosotros, los nietos de los ferrones y de los balleneros, no hemos de andar en esteticuerías, hagamos que ese nuestro vestido espiritual sea de hierro vizcaíno, que rechine con ruido de herraje, agrio á los oídos podridos de los *marichus*.

Apenas si roto el freno de la vergonzosidad y quebradas roñosas cadenas hemos empezado á hablar desde dentro, con todo el alma indomable, nosotros, los de cabeza dura, los que Salmerón declaró inadaptables á la civilización moderna—¿cuál?—los que Carner cree ineptos para la visión estética, ó sea mediterránea, del mundo.

Aún no nos conocen, aunque en parte nos adivinen. Habla de nosotros como de gente tan honrada como dura de mollera unos cuantos señoritos que veranean por nuestros puertos ó algún intruso, de visión estética, que pretenden conocernos en una excursión de ocho días. Y de malicia de hostilidad. Y de ignorancia.

Lo fuerte, lo serio, lo verdaderamente nuevo somos nosotros, pero en España y como españoles, nosotros somos el corazón de la vertiente atlántica.

Por que España no creo que pueda dividirse, en la polaridad tan fecunda para todo pueblo, en norte y sur como algunos piensan, sino más bien, como creen otros, en las dos vertientes, la atlántica y la mediterránea—incluyendo en esta la parte en que el Guadalquivir desemboca. A España hay que partirla transversalmente por una línea que de hacia el Maladeta vaya al cabo de San Vicente. De un lado Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva toda Andalucía y hasta Extremadura; del otro el litoral cantábrico, Castilla la Vieja y el reino de León. De un lado los pueblos estéticos, los del gesto y eso que llaman la gallardía, los de parada y plaza pública los de zarzuela, y de otro nosotros. Y de la







parte de allá quédese Madrid con sus cotarros donde todos son unos.

Dejémosles predicando la alegría de vivir y otras vaciedades y seamos como somos sin proponernos ser ni alegres ni tristes. No, sino como Dios y nosotros nos hemos hecho.

Y cultivemos la antipatía. Por que en el fondo somos antipáticos, profundamente antipáticos á todos esos—á los otros—que se pasean por entre las baybalinas de su teatro de feria haciendo chistes ó estética y buscando como agradar al que les mata el hambre.

Le dije á Salaverría cuando fué allá, al teatro de la feria: «usted no puede caer bien allí; acabará por ser antipático; usted no és de cotarro.»

Tenemos por delante toda una gran obra que cumplir, más para ello es preciso que nos sacudamos de esa *coitadez* y sobre todo de la que se incuba en Loyola y que tan poco guarda del verdadero espíritu de aquél nuestro Inigo. Nuestro y no de ellos.

Que no nos mermen el brio! que no nos mutilen! que no nos desvirilicen! todo menos eso que llaman la paz de los espíritus.

Y es á Bilbao, á ese Bilbao invicto y heroico, es á esa villa fuerte á la que está reservada la obra. La villa tiene su alma que viene creciendo desde los turbulentos tiempos de las banderías. Siendo ya mozo oí decir á un anciano: aunque todos los Bilbainos se hicieran neos Bilbao seguiría siendo liberal. Y así es.

Y la villa que mostró su fortaleza de espíritu en 1836 y en 1874 tiene que mostrarla en otro campo y peleando contra un enemigo no como aquel noble y franco, noble y franco como el antiguo y quijotesco Sancho de Azpeitia, sino solapado y futil. Guerra á la *coitadez* y á la marrullería.

Y guerra á la beocia por ellas explotada! Duro y á la cabeza á todo el que quiera enjaularnos dentro del sel del caserío, á todo el que ponga estorbos á que demos, tras de Elcano, la vuelta al mundo. Donde llegó él y donde llegaron Legazpi y Urdaneta

é Irala y Garay, allá tiene que llegar nuestra palabra de hierro, y en la lengua en que Sabino predicó lleno de fé heroica, su evangelio de perdición. En esa fecunda contradicción en que se movió su noble espíritu, en ella está el resorte para salir del error en que la sombra de Loyola le tuvo preso. Pobre luchador que duerme, al arrullo del mar bravío, entre montañosos pedernales!

Hay por debajo de la secular infancia del pueblo vasco, brizado por rancias *chocholadas* por todo género de *añas* y *sensainas*, ha y por debajo de esa sencilla y cándida infancia una virilidad potente y fresca. Tenemos que sacarla á flor, despidiendo al Coco.

¿No es esta acaso una obra que llevar á cabo para todos los jóvenes bilbainos que alientan el sagrado desdén hacia las actitudes más ó menos elegantes y griegas de los otros, los de parada y feria.

Nosotros somos el hierro de España. Dejemos que sean ellos su sal, pero no la de conservarla, sino la de razonarla para cuando le tocara la vez de ser devorada por otros pueblos en el comedero internacional.

MIGUEL DE UNAMUNO.

fm

Autob.

15.1.

